

“Un foco de agitación latente”.

Los normalistas rurales y la lucha agraria en Chihuahua durante la década de 1960

Tanalís Padilla*

La importante lucha popular que se dio en Chihuahua a finales de 1950 y durante la primera mitad de la década de 1960 ha sido opacada por los dramáticos hechos que caracterizaron el asalto al cuartel Madera el 23 de septiembre de 1965. Sin embargo, si nos atenemos a las movilizaciones que antecedieron el ataque a dicho cuartel, podemos discernir un extenso proceso de lucha conformada por una alianza entre campesinos, maestros rurales y estudiantes normalistas. Este texto examina el papel desempeñado por los estudiantes de las normales rurales de Salaces y Saucillo y las dinámicas locales, nacionales e internacionales que configuraron el proceso de lucha.

En octubre de 1965, Francisco Chávez Orozco, director de Educación Federal en el estado de Chihuahua, recibió órdenes urgentes de la Secretaría de Educación Pública (SEP) de visitar las normales rurales de Salaces y Saucillo. Según los funcionarios, en dichas escuelas, fundadas como internados para los hijos e hijas de campesinos, “priva la más absoluta desorganización debido a los constantes mítines que se efectúan, además de ser un foco de agitación latente en

el estado”¹. En efecto, en Chihuahua las protestas se habían hecho sentir. En una demarcación donde el sistema posrevolucionario de tenencia de tierra evocaba la época porfirista, los maestros y normalistas rurales se unieron a los campesinos para exigir una significativa reforma agraria. Juntos invadieron latifundios, realizaron manifestaciones y organizaron constantes marchas. Detonado por el caciquismo y la intransigencia del gobierno, el malestar popular fue particularmente intenso durante la primera mitad de la década de 1960 y alcanzó una coyuntura crítica cuando, el 23 de septiembre de 1965, un pequeño contingente de

maestros y campesinos –convencidos de que había llegado el momento de iniciar la lucha armada– atacó el cuartel militar de Ciudad Madera. “No todos se han de lanzar a la revolución”, había pronunciado Pablo Gómez, un maestro en la normal rural de Saucillo, quien murió en el operativo, “pero alguien tiene que empezar”².

Al igual que en otras partes del mundo, México fue testigo de una gran movilización estudiantil durante la larga década de los sesenta³. Debido a que un Estado cuya retórica revolucionaria se mostraba cada vez más

* Profesora-investigadora en el Massachusetts Institute of Technology. El presente artículo es una traducción de “Latent Sites of Agitation: Normalistas Rurales and Chihuahua’s Agrarian Struggle in the 1960s”, publicado en Pensado, J. M. y Ochoa, E. C. (eds.) (2018). *México Beyond 1968: Revolutionaries, Radicals and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies*. Tucson: The University of Arizona Press. Traducción por Karina Simpson.

¹ “Estado de Chihuahua”, 26 de oct. 1965, Archivo General de la Nación-Dirección Federal de Seguridad (de aquí en adelante AGN/DFS), 100-5-1-65/L14/H 401-402.

² Citado en Santos Valdés (1968), *Madera*, 169.

³ “Larga década” se refiere al periodo como época más allá de los años que marca el calendario. Aquí incluye las movilizaciones iniciadas desde finales de los cincuenta y que perduraron hasta principios de los setenta.

vacía y cuya tendencia a la represión era cada vez mayor, la juventud mexicana tomó las calles. En Chihuahua este proceso generó un importante movimiento cuando normalistas se unieron al descontento agrario, el cual desde hacía tiempo se había estado gestando. Debido a que ocupaban una posición intermedia entre las familias campesinas de las cuales provenían y los profesionales socialmente conscientes en que se habrían de convertir, los normalistas —en especial aquellos de las rurales federales— se valieron de nociones de la traducción de resistencia agraria para desarrollar un repertorio de lucha. Aunque provenir del campo no era la excepción para los estudiantes mexicanos, los normalistas rurales eran distintos porque preservaban su identidad campesina como marca constitutiva de su profesión. Por consiguiente, apelaron a dos categorías políticamente fértiles: la de campesino, con raíces profundas en la Revolución Mexicana (1910-20), y la del estudiante, que durante la década de los sesenta adquirió una importante atribución rebelde.

El movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México constituye el más emblemático símbolo del lugar que tuvo el país en esta década a nivel global. Al convertirse en el país anfitrión de las Olimpiadas, las movilizaciones pusieron en evidencia el autoritarismo estatal, cuya naturaleza reveló el ejército cuando masacró a los manifestantes el 2 de octubre de 1968. Por mucho tiempo a este año se le consideró un parteaguas, aunque recientes investigaciones demuestran que grandes protestas, así como la represión de Estado, lo antecedieron y se expresaron fuera de la capital⁴. Las causas de protesta han sido varias. Los estudiantes, por su parte, buscaban autonomía y autogobierno universitarios, luchaban para expulsar a los funcionarios escolares corruptos y exigían mayores recursos educativos. Sin embargo, sus marcos ideológicos implicaban una contienda por proyectos políticos más amplios, incluyendo el rumbo de la Revolución Mexicana, el antiimperialismo y el espectro del socialismo. Las luchas normalistas en los sesenta en Chihuahua son una muestra representativa de dichos elementos, pues dejan entrever la represión del Estado y auguran los caminos de la radicalización.

“La juventud no puede permitir que se asesine a sus maestros

Las dos normales rurales de Chihuahua —una en Salta y la otra en Saucillo— eran parte de una red federal de escuelas magisteriales que databan de la década de los veinte. Su función era preparar maestros con conciencia social para el campo; los egresados normalistas enseñarían en las áreas remotas del país y facilitarían los proyectos revolucionarios del Estado. En su apogeo, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-40), las normales rurales (en ese entonces llamadas Escuelas Regionales Campesinas) eran 35 en total. En la década de los cuarenta la administración del presidente Manuel Ávila Camacho (1940-46), más conservadora, eliminó la educación mixta, ordenó un plan de estudios uniforme con las normales urbanas y redujo el financiamiento, lo que ocasionó el cierre de algunas de esas escuelas. Su administración también suprimió a los marxistas de la SEP y anuló la educación socialista que la Secretaría había adoptado durante los años treinta para el plan de estudios general. Sin embargo, las normales rurales preservaron una identidad distintiva, caracterizada por su estructura de internado, por las actividades agrícolas de los estudiantes y por la presencia de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM)⁵. Creada en 1935, y aún existente en la actualidad, la FECSM ha hecho labor de conciencia en el cuerpo estudiantil de las normales rurales. Cuenta con comités en cada escuela y ha luchado por los recursos de los planteles, ha buscado tener una voz en la vida institucional y ha participado en acciones estudiantiles y populares más amplias. Su tradición de militancia ha contribuido a la reputación de radicalidad que todavía tienen las normales rurales.

Esta reputación también deriva de que las escuelas hayan sido asociadas con figuras emblemáticas de la guerrilla, como Lucio Cabañas —egresado de la normal de Ayotzinapa en 1963—, o la visible participación normalista en luchas agrarias, como las que sacudieron el norte de México en los años sesenta. En cada caso, los maestros militantes y la estrategia armada que algunos de ellos adoptaron eventualmente, parecieron confirmar la naturaleza subversiva de las normales rurales. Y, aun así, la participación en la lucha armada era la notable excepción. Desde el punto de vista del Estado, esto representó la mayor amenaza

⁴ Véase: McCormick (2016); Alegre (2014); Pensado (2013); Aviña (2014); Herrera Calderón y Cedillo (2012); y Padilla (2008).

⁵ Estos temas los abordo en un próximo libro sobre la historia de las normales rurales.

derivaba de la alianza que los normalistas rurales podrían forjar con otros sectores del pueblo, precisamente como sucedió en el norte de México durante los años sesenta, cuando maestros, estudiantes y campesinos lucharon en contra de la severa concentración de tierras de la región.

Las filas del Partido Popular Socialista (PPS) y la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM) encabezaron varias de las luchas agrarias del norte de México en las décadas de 1950 y 1960⁶. El liderazgo local incluía una fuerte presencia de docentes rurales, quienes encarnaban las características del maestro consciente y el líder social, que los funcionarios de la SEP alguna vez concibieron⁷. La UGOCM participó en las elecciones federales y locales, defendió los derechos colectivos de la tierra y demandó la división y la distribución de latifundios (Grammont, 1989: 225-28). La estructura del partido y del sindicato brindó a los activistas redes que entrecruzaban los estados del norte de México y con frecuencia pasaban por la Ciudad de México. Los centros educativos útiles a los sectores rurales humildes de Chihuahua se convirtieron en importantes centros de apoyo para el partido⁸. En efecto, los normalistas de Salaires y Saucillo realizaron manifestaciones junto con estudiantes de escuelas que estaban bajo la jurisdicción estatal. Entre ellas se encontraban la Escuela Normal del Estado de Chihuahua, diversas escuelas normales nocturnas, la Escuela de Artes y Oficios y la Escuela Industrial para Señoritas⁹. El hecho de que los estudiantes más pobres de la normal del estado y de las escuelas de Artes y Oficios, cuyas familias no residían en la capital estatal, vivieran en los mismos dormitorios, facilitaba la organización política a lo largo del plantel (García Aguirre, 2015: 54).

Durante la década de los sesenta, al igual que en otras partes del mundo, los estudiantes en Chihuahua participaron en importantes manifestaciones sociales. Protestaron

contra el autoritarismo del gobernador Práxedes Giner (1962-68) y se manifestaron en contra de la agresión de Estados Unidos a Cuba. Pero el latifundismo regional fue lo que generó las evidentes alianzas con el sector campesino. Aquí, la empresa Bosques de Chihuahua simbolizaba la injusta naturaleza del nuevo orden posrevolucionario y la persistencia del antiguo. Fundada en 1946 por Eloy Vallina y Carlos Trouyet, quien adquirió una compañía ferroviaria de la era porfiriana junto con su terreno, Bosques de Chihuahua debía gran parte de su éxito al presidente Miguel Alemán (1946-52). Aparte de venderles a Vallina y Trouyet tierra pública de las vías férreas en términos favorables, Alemán (también inversionista de la empresa) otorgó a Bosques de Chihuahua una concesión de medio millón de hectáreas por cincuenta años para proveer de materia prima a tres grandes empresas de papel y madera (Boyer, 2015: 145-46; Vargas Valdés, 2015: 81-88)¹⁰. Conforme la compañía tomó posesión de las tierras, procedió a circundar, dividir y vender lotes que los pequeños propietarios habitaron por generaciones (Henson, 2015: 70; García Aguirre, 2015: 69-70). Argumentando que Bosques de Chihuahua constituía un latifundio ilegal, los habitantes solicitaron derechos de tenencia sobre éste. De este modo comenzó una lucha de varios años en contra de una compañía cuyos socios inversionistas, además del expresidente Alemán, incluían a las más poderosas figuras de Chihuahua: Antonio Guerrero, excomandante del ejército; Teófilo Borunda, gobernador del estado de 1956 a 1962; Tomás Valle, empresario y senador del estado; y descendientes de los Terrazas y los Almeida, familias dinásticas de la era porfiriana (Henson, 2015: 70-71).

Si Bosques de Chihuahua ejemplificaba el capitalismo clientelista que a mediados del siglo XX posibilitaba fortunas, los Ibarra, una familia que compró porciones de tierra y desalojó a sus habitantes por la fuerza, personificaron la violencia que mantenía al sistema mismo. A sabiendas de la policía de Chihuahua, los Ibarra portaban armas aun cuando los periódicos y los agentes federales los identificaron como responsables de numerosas violaciones y asesinatos. José Ibarra, que a menudo acompañaba a la policía estatal, tenía una reputación especialmente sanguinaria (Henson, 2015: 71-73). Cuando en 1959 un asaltante desconocido asesinó al maestro rural Francisco Luján, los miembros de

⁶ La UGOCM fue creada en 1949 por organizaciones que estaban decepcionadas por la Confederación Nacional Campesina y el control que el gobierno ejercía sobre ésta. La UGOCM canalizaba el descontento campesino hacia movilizaciones como tomas de tierra. Los miembros del consejo ejecutivo de esta organización, afiliados al Partido Popular (PP, formado en 1948, que después se convertiría en el Partido Popular Socialista, PPS) de Vicente Lombardo Toledano, también pertenecían a la junta nacional del partido.

⁷ Sobre las tempranas concepciones que la SEP tenía de los maestros véase, Vaughan (1997), cap. 2.

⁸ "Memorándum", 18 sep. 1964, AGN/DFS-100-5-1-964/L10/H56-58.

⁹ Las escuelas normales nocturnas impartían cursos de acreditación para maestros no titulados. La Escuela de Artes y Oficios y la Escuela Industrial para Señoritas instruía sobre una variedad de oficios y habilidades técnicas.

¹⁰ "Estado de Chihuahua", sept. 1965, AGN/Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (de aquí en adelante DGIPS) c.1025/Exp. 22.

la comunidad señalaron como responsable a un esbirro de los Ibarra. Desde hacía mucho tiempo Luján había asesorado a los campesinos en sus solicitudes de tierra y denunciaba la agresión de los caciques. Al ser ultimado, la consigna: “Bosques de Chihuahua, asesinos”, se convirtió en convocatoria y las protestas se extendieron hasta la capital del estado (Santos Valdés, 1968: 96)¹¹.

Los estudiantes, en especial los normalistas, llevaron a cabo mítines en apoyo a los campesinos pobres de la sierra, articulando así una conexión directa con la lucha agraria: los normalistas eran hijos e hijas de campesinos, los “legítimos propietarios” de la tierra¹². Durante una manifestación Arturo Gámiz, quien en ese entonces era estudiante en la normal del estado de Chihuahua, pronunció un emotivo discurso que terminó con una exhortación vehemente: “La juventud no puede permitir que se asesine a sus maestros. Todo lo contrario, la juventud como parte del pueblo debe luchar activamente contra la injusticia. Aunque jóvenes, nos preocupan los problemas de la patria. Somos estudiantes pobres; somos hijos de campesinos y de obreros. Por eso estamos aquí pidiendo al pueblo que eleve su voz de protesta, exigiendo justicia”¹³. Al invocar el origen campesino de sus familias y reclamar su estatus como jóvenes comprometidos con el futuro del país, los estudiantes de Chihuahua anclaron el destino de los campesinos al destino de la nación. Esta conexión se convirtió en un persistente clamor de unidad entre campesinos y normalistas, poniendo en primer plano una realidad agraria, la cual desgarraba las costuras de la supuesta modernidad de México.

Arturo Gámiz y Pablo Gómez

Mientras que Arturo Gámiz y Pablo Gómez estudiaron en la normal estatal de Chihuahua, no en las normales rurales federales, pocas figuras personifican mejor que ellos la esencia del maestro rural comprometido. Fue en parte por su carismático liderazgo que cientos de normalistas se unieron a la lucha agraria de Chihuahua. Su legado, como el de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero —maestros de los sesenta que se convirtieron en guerrilleros— estaría

ligado íntimamente al historial de las normales rurales. Las biografías de Gámiz y Gómez y su poder de convocatoria les otorgaron un importante lugar dentro de un significativo segmento de la población agraviada de Chihuahua. Ambos provenían de orígenes humildes del norte de México, ambos estudiaron durante un tiempo en la Ciudad de México, ambos participaron en el PPS y ambos regresaron a Chihuahua, donde se entregaron en cuerpo y alma a la justicia agraria. Sus vidas encarnan las dinámicas sociales que producen a los líderes de los movimientos en el contexto de la migración, la urbanización y el acceso a la educación.

Gámiz nació en Durango en 1940, y su familia incluía a diversos maestros rurales y una tradición de participación política (Vargas Valdés, 2015: 1984; López Rosas, 2008: 39-43). En 1950, la familia de Gámiz se mudó a la Ciudad de México, y ahí vivió su adolescencia. Estudió en el Instituto Politécnico Nacional (IPN) y participó en la sección juvenil del Partido Popular (PP) de centro izquierda. En 1956 los estudiantes del Politécnico emplazaron a huelga y exigieron una mayor participación en el gobierno escolar, la renuncia de su director corrupto y el aumento del presupuesto para becas e infraestructura. El movimiento repercutió a nivel nacional debido a que diversas escuelas a lo largo y ancho del país —incluyendo las normales rurales— se unieron a la huelga (Pensado, 2013: 85-89). Como estudiante del IPN, Gámiz participó en las movilizaciones y se distinguió como un gran orador que comprendía con claridad el sistema de dominación (Vargas Valdés, 2015: 186-87). El gobierno reprimió la huelga y el 23 de septiembre de 1956 desplazó a los estudiantes por medio del ejército.

Poco después, Gámiz se mudó a Chihuahua y trabajó como maestro en el municipio de Guerrero. Permaneció ahí dos años y en 1959 ingresó a la normal estatal de Chihuahua, donde estudió dos años (Henson, 2015: 96). En la normal, Gámiz participó en movilizaciones estudiantiles, sobre todo en las que apoyaban la lucha campesina. El carisma de Gámiz, su activismo político y su pasión por la justicia agraria, rápidamente lo convirtieron en una importante vía por medio de la cual otros estudiantes se unieron a las movilizaciones campesinas. Resulta revelador que el líder agrario Salvador Gaytán se haya referido a él como “un joven que se presentaba con muchos estudiantes a aquellas marchas campesinas”¹⁴. En 1962, Gámiz se mudó al Mineral de Dolores, una comunidad que llevaba veintiocho años

¹¹ “Bosques de Chihuahua, S.A. Asesinos”, *Índice*, 27 de feb. 1960; “‘Bosques Asesinos S.A.’ Condenados en México por Renato Leduc en Siempre”, *Índice*, 21 de abril 1960.

¹² “Eliminación total de cacicazgos piden los jóvenes”, *Norte*, 7 de marzo 1960.

¹³ Arturo Gámiz, “Ritmo de libertad y de progreso que ha sido detenido”, *Norte*, 7 de marzo 1960.

¹⁴ Salvador Gaytán, entrevista de Abel López Rosas, 30 de junio 2007, citado en López Rosas (2008: 54).

sin maestro. Debido a que los caciques usaban la escuela como establo, Gámiz improvisó un salón en la plaza del pueblo, donde daba clases a sesenta y cinco niños (Santos Valdés, 1968: 82; López Rosas, 2008: 67).

Pablo Gómez era catorce años mayor que Gámiz y fue otro protagonista importante en la movilización de Chihuahua. Nació en 1926 al seno de “una familia campesina agrarista”, como lo describe su hija Alma Gómez, y en su infancia vivió en la pobreza. En una región donde las temperaturas alcanzan niveles gélidos durante los meses de invierno, sin calefacción en el hogar y con pocas prendas adecuadas para el frío, Gómez se refugiaba en las cantinas locales donde dormía acurrucado sobre una mesa de billar “hasta que cerraba la cantina”¹⁵. Al igual que Gámiz, Gómez estudió la carrera magisterial en la normal del estado, donde conoció a su esposa, Alma Caballero. Sin embargo, Gómez soñaba con ser médico, profesión que cursó en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) a principios de los años cincuenta, en la Ciudad de México. Tres de sus cinco hijos nacieron durante esta etapa. Para mantener a su familia, Gómez trabajaba como maestro de primaria en el día, y en la noche estudiaba en la Escuela de Medicina. Después de obtener su título de médico, trabajó como doctor en Flores Magón, un pueblo en el noroeste de Chihuahua, donde conoció a varios maestros de la normal rural. No logró continuar exclusivamente en la práctica de medicina porque trataba de manera gratuita a los pacientes pobres; mantenía a su familia con su trabajo como maestro en la normal rural¹⁶. En Flores Magón y después en Saucillo, donde la escuela se reubicó en 1962, Gómez participó en las luchas campesinas locales y se volvió miembro del PPS y delegado de la UGOCM (Santos Valdés, 1968: 166). Debido a esta labor sufrió una persecución continua. Alma notaba nuevas heridas en el cuerpo de su padre conforme más se involucraba en la lucha: “Tenía una cicatriz porque con una botella le cortaron; tenía la nariz quebrada; tenía una puñalada en la espalda. Fue detenido varias veces. Fue un ambiente de represión, de represión generalizada, pero también selectiva”¹⁷. Además de la agresión física que sufrió Gómez cuando las fuerzas estatales y federales lo desalojaron junto con otros campesinos de la toma de tierras, el gobernador Giner, y eventualmente las autoridades de la SEP, pidieron que lo trasladaran fuera

del estado. Acusado de incitar a las normalistas de Saucillo para participar en invasiones de tierras, la SEP lo reasignó a Atequiza, Jalisco, en 1964¹⁸. Gómez renunció antes de aceptar el cambio. Por el contrario, intentó vivir en Cuba con su familia, pero al parecer los altos mandos del PPS bloquearon esta aspiración (Santos Valdés, 1968: 167)¹⁹.

Los antecedentes humildes de Gámiz y Gómez, sus transcurros por los centros urbanos, su movilidad social gracias a la educación, su lucha por la justicia agraria y su persecución por parte del Estado, ejemplificaron la amplia experiencia social de muchos normalistas rurales de mediados del siglo xx. El hecho de que estudiantes de Salaces y Saucillo se convirtieran en protagonistas esenciales en las luchas que dirigieron, entrelazó los legados de Gámiz y Gómez con el de las normales rurales.

En el altar de los héroes no oficiales de México, Gómez y Gámiz se encuentra al lado de Rubén Jaramillo, Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Othón Salazar, Lucio Cabañas y Genaro Vázquez—líderes populares que lucharon contra el autoritarismo del PRI y pagaron un precio muy alto por ello. Gómez y Gámiz han sido ignorados por la historia oficial, excepto como ejemplos de que las normales rurales tienen una tradición subversiva. Sin embargo, desde el punto de vista de los de abajo, personifican la digna resistencia frente a una larga historia de injusticia.

“Nosotros no podíamos ser ajenos a eso y participábamos”

En las normales rurales, donde la FECSM contribuía a preservar la noción cardenista de que el maestro rural debía ser un líder social, figuras como Gómez y Gámiz encontraron un terreno de convocatoria eminentemente fértil. Los normalistas rurales de Chihuahua de fines de los cincuenta y de principios de los sesenta recuerdan su experiencia de participación política a través de dos principales ejes: su propio origen campesino y la eferescencia propiciada por la Revolución Cubana. Si la Revolución Mexicana había otorgado derechos agrarios a los campesinos, las guerrillas cubanas intensificaron la sensación de posibilidad, la cual era invocada por Gómez y Gámiz. Además, seguir de cerca

¹⁵ Alma Gómez, entrevista personal, 3 de feb. 2008, Ciudad de México.

¹⁶ *Ibidem*.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ “Memorándum”, 5 de junio 1963, AGN/DFS/100-5-1-63/L6/H307; “Información sobre el estado de Chihuahua”, 6 de junio 1963, AGN/DFS/100-5-1-963/L 6/H 310; y “Un mentis a los detractores gratuitos del Dr. y Profr. Pablo Gómez Ramírez”, Índice, 21 de oct. 1964.

¹⁹ Alma Gómez, entrevista personal, 3 de feb. 2008, Ciudad de México.

los logros de la Revolución y protestar en contra de la agresión de Estados Unidos, creó oportunidades de sobra para movilizar al pueblo. Por lo tanto, aparte de ser un referente ideológico, Cuba, como tema, atrajo a diversos sectores. Silvina Rodríguez, una estudiante de la normal rural de Saucillo, recuerda: “Los viernes el profe Pablo Gómez nos explicaba, se llevaba un mapa y nos explicaba cómo iba la revolución en Cuba, quién había avanzado hasta este momento, hasta ese día”²⁰. Asimismo, Alma Gómez habla de otro maestro, Gonzalo Aguilera, quien “hizo un mapa de Cuba y mi papá explicó lo de la invasión a la Bahía de Cochinos, por dónde llegaron y todo eso, en la actividad cultural que se le daba a todo el pueblo, donde el pueblo iba”²¹.

Aunque el maestro como líder social ya no fuese prioridad de la SEP, el entorno social de los sesenta lo demandaba. Aquéllos que atendían esos llamados comprendían la lucha, tanto ideológicamente como por su experiencia personal. Escuchar las historias familiares de los normalistas rurales es seguir una experiencia de décadas de pobreza, periodos de resistencia y la sensación de que la justicia estaba al alcance. Mientras que el entorno rural por sí mismo no incitaba a la participación política, la propia historia de las normales rurales, la efervescencia política de los años sesenta y la inspiración de la Revolución Cubana crearon un contexto propicio para que los normalistas rurales llevaran a la acción los ideales, tan históricamente proclamados, de su institución. “Nosotros fuimos educados para entregarnos de lleno a las causas campesinas”, recuerda José Ángel Aguirre, quien estudió en la normal rural de Salaiques en la década de los cincuenta, y “en ese tiempo había mucho caciquismo en el estado, había grandes latifundios aquí. Había un latifundio que casi abarcaba la mitad del estado, el latifundio de Bosques de Chihuahua. Entonces empezaron a surgir grupos peticionarios de tierra, entonces nosotros no podíamos ser ajenos a eso y participábamos”²².

Al relatar su historia, Aguirre comienza con la fundación de Nuevas Delicias, la ranchería donde nació. Fue poblada por primera vez en 1923, catorce años antes de que él naciera. Sin embargo, al escuchar a Aguirre contarle, uno pensaría que él mismo lo atestiguó. Según Aguirre, quienes llegaron originalmente a Nueva Delicias habían sido

aparceros en una hacienda cercana. “No eran dueños de la tierra, lo que cosechaban lo tenían que repartir con el patrón y generalmente no les alcanzaba para vivir, ni siquiera para la alimentación. Vivían en habitaciones, en jacales, todos pellizcados, amontonados”. Después de la Revolución, pidieron al gobierno su propia tierra y la obtuvieron. Así se fueron “hombres mujeres y niños, caminando, caminando durante tres días hasta llegar, pues, a una llanura inhóspita. Era una vida muy difícil la que llevaban, se encontraron casi peores condiciones” en el nuevo lugar, afirma Aguirre²³.

La plena ubicación dentro de la historia revolucionaria con la que Aguirre enmarcó los orígenes de su familia y su comunidad, refleja las posibilidades sociales del nuevo orden que había sido creado. Aguirre era el segundo de ocho hermanos, y cuando tenía seis años comenzó a trabajar la tierra junto con su padre. “En eso me pasé dos años hasta que prácticamente a mi papá lo obligaron que me inscribiera en la escuela”, lo que Aguirre caracteriza como una bendición, pues pronto comprendió que la escuela representaba una salida a generaciones de pobreza. Gracias a un maestro que acordó con su padre su asistencia por medio tiempo a la escuela y trabajar la tierra el resto de la semana, Aguirre terminó la primaria y en 1952 obtuvo un lugar en la normal rural de Salaiques. Ahí, Aguirre se convirtió en dirigente de la FECSM, experiencia que sin duda reforzó y politizó los recuerdos de su historia familiar.

José Luis Aguayo, quien estudió en Salaiques durante los años sesenta y era más joven que Aguirre, relata una historia similar: “Mis abuelos fueron agraristas en el siglo XIX. Fueron también esclavos de las haciendas del sur, trabajadores de los hacendados, y tuve conocimiento de las condiciones inhumanas en que vivían. Ese fue el ambiente en el que yo crecí, un ambiente desde muy chico. Mis tíos se dedicaban a la lucha agraria, de chico me daban lecciones sobre su lucha. Y escuchaba, cenaba y almorzaba el código agrario”. Aguayo, que también se convirtió en dirigente de la FECSM en Salaiques en 1965, recuerda su despertar político a temprana edad: “Éramos una familia muy humilde, [...] había una evidente división social que yo percibía desde muy chico, que no éramos iguales. Y mis tíos, como eran luchadores sociales, agraristas, comentaban mucho con nosotros, con todos sus hijos, pues que había que trabajar para el pueblo”²⁴. Estos recuerdos personales se enraiza-

²⁰ Silvina Rodríguez, entrevista personal, 11 de feb. 2008, Chih., Chihuahua.

²¹ Alma Gómez, entrevista personal, 3 de feb. 2008, Ciudad de México.

²² José Ángel Aguirre, entrevista personal, 12 de feb. 2008, Chih., Chihuahua.

²³ *Ibidem*.

²⁴ José Luis Aguayo, entrevista personal, 10 de feb. 2008, Chih., Chihuahua.

ron profundamente en las normales rurales, instituciones cuya lógica fundacional era mejorar las condiciones de los campesinos. El que el memorial familiar de esta generación incluyera recuerdos de la explotación porfiriana, acentuaba la noción de que la lucha popular podría traer consigo el cambio.

Aunque la idea del maestro politizado era persistente, no estaba libre de contradicciones. Existía una tensión inherente entre las perspectivas de movilidad social que implicaba la carrera magisterial, y la obligación de servir al pueblo. Al igual que con cualquier sector politizado, los normalistas rurales a menudo estaban divididos y muchos de ellos eran indiferentes a la lucha en general²⁵. Como explica Manuel Arias, un normalista de Salta de los años sesenta: “Había de todo. Había desde los radicales honestos, hasta los radicales demagogos [...]. Y de allí hasta los indiferentes: ‘yo vine a estudiar, y cuando salga me voy de profe y me encierro en mi escuelita y formo mi familia, y el mundo que rueda’. En esos dos puntos se habría un gran abanico de perfiles de carácter distinto entre ellos”²⁶.

Para quienes sí sentían la necesidad de actuar, las divisiones se manifestaban de dos maneras: primero, entre estudiantes que pensaban que su responsabilidad en la normal rural era terminar su carrera magisterial, y *sólo después*, con el título en la mano, ayudar a los campesinos; y segundo, quienes pensaban que debía ser prioritaria la participación política *mientras* estudiaban. La forma que debía tomar la participación política en sí misma era un segundo motivo de discordia. Algunos proponían movilizaciones legales y pacíficas, mientras otros buscaban tomar acciones más dramáticas, capaces de propiciar un levantamiento revolucionario. Gámiz mismo abordó el tema y condenó la noción de que los normalistas servían mejor a la causa al obtener primero su título. “Si se quiere servir al pueblo”, escribió, “hay que participar en sus luchas y aquí nada tiene que ver el título porque no se hace como profesionista sino como revolucionario y no hay universidades que expidan títulos para tal profesión” (Gámiz, 1965).

Este tipo de discusiones da una idea de cómo se entrelazaban las ideologías políticas con las biografías familiares, y cómo este proceso llevó a los normalistas rurales a comprender sus oportunidades educativas como medidas

de justicia, resultado de la Revolución²⁷. Pero la persistente pobreza rural y la situación de asedio a las escuelas revelaban que era necesaria una asidua defensa. Los años sesenta, una década de movilizaciones en todo el mundo, los conminó a hacer más. La participación en tomas de tierra al lado de los campesinos representaba un contundente acto político y evocaba dos principios básicos de las reformas revolucionarias de México: tierra y educación.

“Los profesorcillos rurales vienen alborotando la gallera”

Para las autoridades, la participación normalista en las invasiones de tierra en el norte de México demostraba que el descontento social se debía a los agitadores, y al incumplimiento o la traición a las promesas revolucionarias. Como reacción a la presencia generalizada de los normalistas rurales en tomas de tierras, el subdirector de escuelas normales rurales visitó personalmente a la normal de Saucillo, donde exhortó a las estudiantes a detener su “participación en las asonadas” y aconsejó a los maestros “de que aprovechando la ascendencia y el cariño de las alumnas hacia sus profesores, deben orientarlas y controlarlas”²⁸. Mario Aguilera Dorantes, oficial mayor de la SEP, también indicó a los directores de las normales rurales que amenazaran con imponer sanciones a quienes se involucraran en acciones políticas²⁹. En Saucillo los maestros parecían estar resignados. Las estudiantes habían sido advertidas de forma puntual, “pero aunque escuchan con respeto dicen que son acuerdos y compromisos ineludibles”³⁰. Los maestros declararon que era difícil disuadirlos, pues “sustentan una ideología que las ha inclinado a participar a favor de las clases humildes”³¹.

Silvina Rodríguez recuerda que en las asambleas de la FECSM los estudiantes decidían cómo apoyar a los campesinos. “Si no nos daban permiso, [igual] nos vamos”. Las autoridades escolares notificaban a sus padres, a menudo en vano. En el caso de Rodríguez, por ejemplo, su padre no hizo caso del primer aviso, pero cuando recibió el segundo

²⁷ Véase Padilla (2017).

²⁸ “Torres Bodet decidirá la situación del grupo estudiantil de Saucillo”, *El Heraldo*, 23 de feb. 1964.

²⁹ “Se informa en relación al magisterio”, 25 de feb. 1964, AGN/DFS/63-19/LI/H277.

³⁰ “Tratarán de disuadir a estudiantes de Saucillo de participar en las asonadas”, *El Heraldo*, 23 de feb. 1964.

³¹ *Ibidem*.

²⁵ Una manifestación de estas divisiones políticas fue la misma división de la FECSM que entre 1961 y 1964 tuvo dos facciones.

²⁶ Manuel Arias, entrevista personal, 13 de feb. 2008, Chih., Chihuahua.

comenzó a preocuparse. “Ya vino a la normal y llegó a la dirección y platicó con el director. Y ya fue conmigo y me preguntó, o sea, como que el director no lo había convenido de cualquier cosa porque mi papá siempre fue como al ritmo campesino. Entonces pues, lo que yo estaba haciendo para él, magnífico”³². La reacción del padre de Rodríguez es un ejemplo de cómo las alianzas entre alumnas y campesinos desafiaban las restricciones basadas en género. En lugar de ordenar a su hija permanecer bajo la custodia escolar, a su padre le conmovió que ella defendiera los intereses de clase de su familia. Pero las acciones de las jóvenes normalistas sí implicaban romper normas de género, lo cual se evidencia en los informes de Gobernación que, a pesar de dar normalmente secos reportes descriptivos, a veces condenaban las trasgresiones de género de las normalistas. Por ejemplo, un agente escribió que, cuando las estudiantes de Saucillo participaron en invasiones de tierra, amanecían “durmiendo a campo raso en unión de los campesinos, con menoscabo de la honorabilidad que deben conservar las citadas alumnas”³³.

Muchas de las estudiantes simplemente concebían sus acciones de forma práctica, y a menudo las pensaban en términos de sus futuros papeles como maestras. Herminia Gómez, quien participó en invasiones de tierra, recuerda: “Fuimos gente de Saucillo, alumnos de Salaires y de Aguilera [una normal rural en Durango] y allí todo el mundo solidarizado con el campesino. Y se hacían actividades propias como si ya la tierra fuera a ser de ellos, se empezaba a cultivar y a iniciar un reparto. Pero lo que hicimos en esa invasión era hacer una escuelita. [...] No me acuerdo cuánto duré yo allí, pero me tocó estar hasta el final que era en el mes de mayo y un buen día amanecimos cercados por el ejército”³⁴. De este modo, el estado añadió una dosis de represión a la experiencia de la lucha, un proceso que en algunos casos produjo activistas experimentadas e incluso guerrilleras³⁵.

La mano dura del Estado dio más razón para movilizarse. Un año especialmente tumultuoso en Chihuahua fue 1964, durante el cual hubo múltiples invasiones de tierra y

surgieron protestas en diversos pueblos y centros urbanos. A mediados de febrero, por ejemplo, los normalistas rurales se congregaron afuera de la cárcel municipal en Saucillo, donde las autoridades habían detenido a varios líderes de la UGOCM. Los estudiantes permanecieron afuera hasta altas horas de la noche, y al día siguiente organizaron una manifestación de 1,500 personas en la plaza del pueblo³⁶. Unos días después, las protestas se extendieron a la capital del estado, donde estudiantes de varias normales y de una escuela preparatoria se reunieron en la plaza central de la ciudad de Chihuahua, para demandar la libertad de los líderes de la UGOCM y la solución a los problemas agrarios del estado³⁷. Conforme se desarrollaron los acontecimientos, un grupo de entre doscientos y trescientos estudiantes se dirigió hacia la Procuraduría Agraria, donde cincuenta de ellos entraron por la fuerza. Una vez dentro, exigieron al oficial que llamara al despacho central. Pero en lugar de hacerlo, el agente llamó a las autoridades. Cuando los estudiantes se negaron a desalojar el edificio, un equipo operativo policiaco los expulsó con gases lacrimógenos. Las autoridades detuvieron a treinta y cinco estudiantes y se los llevaron a un edificio gubernamental cercano para procesarlos³⁸. Con todo y este operativo en el centro de la ciudad, custodiado por la policía judicial, municipal, el servicio secreto y granaderos, los estudiantes se reunieron afuera de las oficinas de la Procuraduría Agraria para exigir la liberación de sus compañeros³⁹. Para entonces, el número de estudiantes había aumentado; un periódico especuló que ello se debía a los refuerzos provenientes de las “normales foráneas”. Cuando los estudiantes se negaron a acatar la orden de dispersarse, dictada por el general del ejército, la policía lanzó unas treinta bombas de gas, lo cual condujo a un prolongado enfrentamiento⁴⁰.

Cuando las autoridades se los llevaban, muchos estudiantes gritaron: “Somos hijos de campesinos y como tales no podemos permanecer indiferentes a la injusticia que

³⁶ “Memorándum”, 19 de feb. 1964, AGN/DFS/100-5-3-64/LI/H406-407; “Memorándum”, 20 de feb. 1964, AGN/DFS 100-5-3-64/LI/H424-425.

³⁷ “Última hora: tres estudiantes y dos profesores detenidos y consignados”, *El Norte*, 23 de feb. 1964; y “Motín de estudiantes normalistas disuelto con bombas lacrimógenas”, *El Norte*, 23 de feb. 1964.

³⁸ “La intervención enérgica de las autoridades se hizo necesaria”, *El Heraldo*, 23 de feb. 1964.

³⁹ “Memorándum”, 22 de feb. 1964, AGN/DFS/100-5-3-64/LI/H441-444; “Motín de estudiantes”, *El Norte*, 23 de feb. 1964; “Última hora”, *El Norte*, 23 de feb. 1964; y “El mitin por la tarde abundó en amenazas”, *El Heraldo*, 23 de feb. 1964.

⁴⁰ “Actúan agitadores profesionales”, *El Heraldo*, 23 de feb. 1964.

³² Silvina Rodríguez, entrevista personal, 11 de feb. 2008, Chih., Chihuahua.

³³ “Memorándum”, 15 de abril 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L8/H52-54.

³⁴ Herminia Gómez, entrevista personal, 13 de feb., 2008, Chih., Chihuahua.

³⁵ Alma y Herminia Gómez, por ejemplo, más tarde se unieron al Movimiento Armado Revolucionario (MAR), un grupo guerrillero de los años sesentas y setentas, el cual tuvo presencia en varias partes de México.

priva en el campo”⁴¹. Entre las cinco personas acusadas de entrada forzosa, ataque a las líneas generales de comunicación, lesiones y asalto armado, estaba Carlos Herrera, un maestro de Ciudad Juárez y antiguo estudiante de la normal rural de Salaices. Herrera se declaró en “defensa de los intereses de la clase campesina, la cual, ante la falta de defensores reales, había de acudir en su desesperación a la juventud estudiantil”⁴². El vínculo campesino-estudiantil no sólo era familiar, sino producto del compromiso social de los estudiantes, invocado para enfatizar hasta qué grado la revolución había fallado en el campo.

Cegado ante esta realidad, el gobernador Giner declaró que la creciente labor de agitación social era producto de “los profesorcillos rurales, quienes son los verdaderos responsables de venir alborotando la gallera”⁴³. Por consiguiente, trató el síntoma, pero ignoró la enfermedad: pidió a la SEP el cierre de las normales rurales de Chihuahua “porque son verdaderos nidos de culebras, un semillero de comunistas”. Giner se jactó de que, si se aprobaba el cierre, “pienso hacer de esas escuelas unas porquerizas, y correr a los estudiantes flojos; los que quieran trabajar que se pongan a criar cerdos”⁴⁴. Mendoza Domínguez, un general del ejército cercano a Giner, declaró sobre las alumnas participantes en el movimiento: “Algunas de ellas hasta parecen mujercillas de éstas de la calle, y son las más argüenderas [...], ¿qué andaban haciendo esas chamacas con los campesinos en los ranchos? [...] ¿qué andaban haciendo lejos de sus casas, en la noche, en la madrugada?”⁴⁵ Para no quedarse atrás, el gobernador mismo se burló de las estudiantes: “¿Para qué quieren internados las estudiantes, si les gusta irse a dormir al campo con los campesinos?”, declaró como respuesta a las protestas estudiantiles por el cierre de los internados⁴⁶. Los ataques al carácter moral de las normalistas fueron tan persistentes que la UGOCM se vio obligada a protestar —aunque de forma paternalista— en contra de las múltiples acusaciones. “Por lo que respecta a las alumnas que nos han apoyado”, advertía una declaración de la UGOCM, “hemos visto en ellas no a las soldaderas, sino a nuestras hijas y como tales hemos ofrecido lo que está a

nuestro alcance: nuestra sinceridad y por sobre todas las cosas nuestro profundo respeto y admiración”⁴⁷.

Para las normalistas, su participación política las fortalecía. Pocas se pensaban a sí mismas en términos feministas, aunque la reacción misógina de las autoridades revela en qué medida sus acciones desafiaban al patriarcado. El rumbo de la lucha, junto con la sensación de que eran parte de un cambio global mayor, alentó a muchas jóvenes. Como cuenta Alma Gómez: “Entonces, las mujeres, esa capacidad de hacer cosas que tradicionalmente están destinadas para los hombres, es algo que también me influye. Bueno, también son los años en que la Unión Soviética manda a Valentina Tereshkova al espacio, donde Aleida [March] y [Celia] Sánchez y todas entran con los barbudos a la Habana, las mujeres transformando la sociedad”⁴⁸. Las palabras de Gómez dan una clara idea de cómo se entremezclaban las dinámicas locales con la transformación global de los años sesenta. En la práctica, las mujeres normalistas desafiaron mucho más que la concentración de tierras en Chihuahua: alteraron las normas de la domesticidad femenina. Aunque la UGOCM les restaba capacidad de actuar al referirse a ellas “no como soldaderas, sino como hijas”, las imágenes de guerrilleras derribando dictadores y conquistando el espacio dieron vida a la visión de las normalistas respecto a lo que era posible.

La interpretación del gobierno acerca del descontento —vista desde las fuentes de Gobernación— a lo mucho era simplista. Los reportes se preocupaban por cuáles eran las figuras, organizaciones políticas o ideologías subversivas que motivaban a los maestros, estudiantes y campesinos a protestar. Algunos reportes señalaban a José Santos Valdés, el supervisor de las normales rurales del norte de México, como el autor intelectual. Santos Valdés era un antiguo defensor de la educación socialista de los años treinta y director de la normal rural de San Marcos, Zacatecas, de 1948 a 1955. Fue también un importante promotor del autogobierno estudiantil. Estas simpatías lo convirtieron en sospechoso para los agentes de Gobernación, quienes en un reporte afirmaron que controlaba a los directores de Saucillo y Salaices y a maestros como Pablo Gómez⁴⁹. Debido a que Santos Valdés se encargaba de supervisar partidas económicas estudiantiles que sumaban una cantidad de

⁴¹ “La intervención enérgica de las autoridades se hizo necesaria”, *El Herald*, 23 de feb. 1964.

⁴² *Ibidem*.

⁴³ Citado en Toro Rosales (1996: 29).

⁴⁴ *Ibidem*.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ Guillermo Gallardo, “Carta abierta al Sr. Presidente de la República Lic. Gustavo Díaz Ordaz desde la penitenciaría del estado”, *Índice*, 27 de sept. 1965.

⁴⁷ “La UGOCM cumplió y cumplirá mientras exista con el papel histórico que le corresponde”, *Índice*, 7 de nov. 1963.

⁴⁸ Alma Gómez, entrevista personal, 3 de feb. 2008, Ciudad de México.

⁴⁹ “Memorándum”, 15 de abril 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L8/H52-54; y 2 de sept. 1964, AGN/DFS/100-5-3-964/L2/H125.

1.5 a 2 millones de pesos, un agente insinuó que usaba el dinero para apoyar la actividad política⁵⁰. De acuerdo con otro reporte, los directores de las normales rurales y sus maestros, la mayoría de los cuales simpatizaba con el PPS, influían en la ideología de los estudiantes, incitándolos a participar en las invasiones de tierras o permitiendo que lo hicieran⁵¹. Conforme esta visión oficial de un círculo de culpabilidad se centraba cada vez más en las normales rurales, las tensiones aumentaron y empezaron a circular rumores de que el presidente entrante, Gustavo Díaz Ordaz (1964-70), cerraría veinte de las veintinueve escuelas entonces existentes. Estos cálculos no resultaron tan errados: su administración cerró catorce en 1969. Pero en ese entonces, la SEP temía que al clausurar estas instituciones provocaría un descontento generalizado⁵². El gobernador Giner era menos aprehensivo al respecto y eliminó normales y dormitorios bajo su jurisdicción. En las ciudades de Ojinaga, Parral, Juárez, Saucillo y Chihuahua, el gobernador cerró las escuelas normales nocturnas, con el argumento de que ya habían cumplido su propósito⁵³. Alegando que constituían sitios de promiscuidad y homosexualidad, el gobernador también cerró los dormitorios que albergaban a estudiantes de la Escuela Normal del Estado, la Escuela de Artes y Oficios y la Escuela Industrial para Señoritas⁵⁴.

Los estudiantes denunciaron la motivación política detrás de las acciones del gobernador, pues su verdadero temor era la unidad de todo el plantel y su solidaridad con los campesinos⁵⁵. Desde la cárcel, un maestro protestó: “El problema, pues, no es ni moral, ni económico, ni pedagógico, sino única y exclusivamente político, ya que la combatividad de los estudiantes por sus derechos y los derechos de los trabajadores del campo y de la ciudad ha sido comprobada por su participación activa, enérgica y decidida”⁵⁶. Los normalistas no aceptaron estas medidas

pasivamente y la normal del estado pronto se declaró en huelga⁵⁷. Con el fin de evitar que las normales rurales se le unieran, las autoridades locales pospusieron el inicio de clases argumentando que debían reparar algunas de sus instalaciones, una mentira ante la cual los estudiantes no se quedaron callados⁵⁸. Una vez iniciadas las clases, los funcionarios de la SEP se trasladaron de nuevo a Saucillo y Saltaices e instaron a los estudiantes a no apoyar el paro, afirmando que sus líderes sólo querían “crear un clima de agitación en la entidad, lo que perjudicaría sus estudios”⁵⁹. Cuando la normal rural de Saucillo planeó paros escalonados e invitó a los campesinos de la región a asistir a sus manifestaciones, la policía interceptó a los vehículos que los transportaban a Saucillo⁶⁰.

Para fines de 1964, el estado de Chihuahua enfrentaba una situación crítica. En la sierra, un contingente de maestros y campesinos había tomado acción en contra de los caciques al ajusticiar a uno de los tan popularmente repudiados hermanos Ibarra; la capital del estado era escenario de manifestaciones constantes —algunas de ellas con desenlaces violentos; las normales estaban en paros continuos, o bien se encontraban ocupadas por el ejército. Si bien el gobierno federal investigó la situación en Chihuahua, poco resultó de ello. El 23 de septiembre de 1965, Gómez y Gámiz, con once maestros y campesinos, atacaron los cuarteles militares en Ciudad Madera, una acción fallida en la cual murieron ocho de los once participantes. Gómez y Gámiz revelaron hasta dónde podía llegar el descontento social, pero no desataron la revolución que deseaban.

Conclusión

Las múltiples capas de la identidad de los normalistas rurales —una que desdibuja la división entre campesinos, estudiantes y profesionistas— señalan un expansivo repertorio de lucha, así como las posibilidades radicales creadas por las alianzas entre diferentes sectores populares. Las transformaciones estructurales ocurridas en la década de los sesenta facilitaron la convergencia de estos grupos.

⁵⁰ 2 de sept. 1964, AGN/DFS/100-5-3-964/L2/H125.

⁵¹ 24 de ago. 1964, AGN/DFS/100-5-1-964/L2/H110-111.

⁵² “Se informa en relación con el magisterio”, 8 de oct. 1964, AGN/DFS/40-1-64/L38/H1; e “Información sobre el estado de Aguascalientes”, 3 de nov. 1964, AGN/DFS/100-1-1-64/L3/H147-184.

⁵³ Prof. Gmo. Rodríguez Ford, “El cierre de internados y de las escuelas normales”, Índice, 12 de sept. 1964; “Clausuran las normales nocturnas de Chihuahua, Juárez, Ojinaga y Parral”, *El Heraldo*, 25 de ago. 1964; y “Memorándum”, 11 de nov. 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L11/H80-83.

⁵⁴ “Memorándum”, 12 de sept. 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L10/H2-3; “Memorándum”, 8 de nov. 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L11/H 37-40; “Memorándum”, 11 de nov. 1964, DFS/AGN/100-5-1-64/L11/H80-83; “Memorándum”, 29 de oct. 1964, DFS/AGN/100-5-1-64/L10/H345-347.

⁵⁵ “Memorándum”, 12 de sept. 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/L10/H2-3.

⁵⁶ Prof. Gmo. Rodríguez Ford, “El cierre”, Índice, 12 de sept. 1964.

⁵⁷ “Memorándum”, 29 de oct. 1964, AGN/DFS/100-5-1-64/Exp10/L345-347.

⁵⁸ 24 de ago. 1964, AGN/DFS/100-5-1-964/L 2/H110-111; y “Memorándum”, 18 de sept. 1964, AGN/DFS/100-5-1-964/L10/H56-58.

⁵⁹ “Memorándum”, 29 de oct. 1964, AGN/DFS-AGN/100-5-1-64/L10/H345-347.

⁶⁰ “Huelga en 16 escuelas normales rurales”, Índice, 21 de nov. 1964; “Memorándum”, 27 de nov. 1964, AGN/DFS/100-5-1-964/L11/H258-260.

La urbanización de México, ante el persistente deseo de los campesinos por la tierra, puso en relieve la injusta naturaleza del proceso. Si 1968 marcó el fin del milagro económico mexicano, Chihuahua –y sus diversos conflictos agrarios que lo precedieron y se expresaron de forma paralela– exhiben la aguda desigualdad en la cual siempre se basó este crecimiento⁶¹. Por ello, el Estado se valió de la represión para contener a quienes protestaran en contra de los injustos botines del progreso. Los campesinos ya habían vivido esta situación antes, cuando soportaron el severo orden del progreso porfiriano. Pero la revolución les enseñó que las cosas podían ser distintas, y las sucesivas generaciones no renunciarían a esa lección tan fácilmente. Y tampoco se privarían de sus posibilidades.

Las historias de las familias campesinas a las que la FECSM se enganchaba tan deliberadamente, se convirtieron en un campo fértil para maestros como Gómez y Gámiz, cuyo mensaje ideológico vinculaba los repertorios de lucha local, nacional y global. El hecho de que estos maestros, después convertidos en guerrilleros, vivieron importantes oportunidades educativas en la capital de la nación y regresaron al norte de México para forjar causa común con los campesinos, es indicativo de las limitaciones que presenciaron en el proyecto económico del país. Y aquí la Revolución Cubana ofreció un modelo alternativo. Después de todo, el socialismo no era un concepto extraño para los maestros rurales; Cárdenas lo había convertido en un elemento de la educación rural durante la década de los treinta. Al aferrarse tercamente a una identidad enraizada en la experiencia de la explotación y la lucha campesina, las normales rurales fungieron como un recordatorio que evocaba las causas y las promesas de la Revolución, una dinámica que, en la actualidad, continúa generando consciencias rebeldes.

Referencias

- Alegre, R. (2014). *Railroad Radicals in Cold War Mexico: Gender, Class and Memory*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Boyer, C. (2015). *Political Landscapes: Forests, Conservation, and Community in Mexico* Durham: Duke University Press.

- Gámiz, A. (1965). “La participación de los estudiantes en el Movimiento Revolucionario”. *Resoluciones* (6), Línea Revolucionaria. Recuperado de <<http://www.madera1965.com.mx/res6.html>> (consultado el 24 de julio de 2016).
- García Aguirre, A. (2015). *La revolución que llegaría. Experiencias de solidaridad y redes de maestros y normalistas en el movimiento campesino y la guerrilla moderna en Chihuahua, 1960-1968*. Ciudad de México: sin editorial.
- Gillingham, P. y Smith, B. T. (eds.) (2014). “The Paradoxes of Revolution”. En Gillingham, P. y Smith, B. T. *Dictablanda: Politics, Work, and Culture in Mexico, 1938-1968* (1-44). Durham: Duke University Press.
- Grammont, H. C. de (1989). “La Unión General de Obreros y Campesinos de México.” En *Historia de la cuestión agraria mexicana*, vol. 8, *Política estatal y conflictos agrarios, 1950-1970* (222-60). Ciudad de México: Siglo XXI.
- Henson, E. (2015). “Madera 1965: Obsessive Simplicity, the Agrarian Dream and Che”, Tesis de doctorado. Tucson: The University of Arizona.
- Herrera, C. F. y Cedillo, A. (eds.) (2012). *Challenging Authoritarianism in Mexico: Revolutionary Struggles and the Dirty War, 1964-1982*. New York: Routledge.
- López Rosas, A. (2008). “El pensamiento y estrategia política del profesor Arturo Gámiz García en las luchas campesinas y estudiantiles de Chihuahua (1962-1965)”, Tesis de licenciatura. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- McCormick, G. O. (2016). *The Logic of Compromise in Mexico: How the Countryside Was Key to the Emergence of Authoritarianism*. Chapel Hill: The University of North Carolina.
- Padilla, T. (2017). “Legados que perduran: cardenismo, normales rurales y justicia social”. En Del Valle, I. y Palou, P. Á. (eds.). *Cardenismos: auge y caída de un legado político y social (167-201)*. Boston: Revista de Crítica Literaria Latinoamericana.
- Padilla, T. (2008). *Rural Resistance in the Land of Zapata: The Jaramillista Movement and the Myth of the Pax-Priista, 1940-1962*. Durham: Duke University Press.
- Pensado, J. (2013). *Rebel Mexico: Student Unrest and Authoritarian Political Culture During the Long Sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- Santos Valdés, J. (1968). *Madera: razón de un martiriología*. México: sin editorial.
- Toro Rosales, S. del (1996). *Testimonios*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Vargas Valdés, J. (2015). *Madera rebelde. Movimiento agrario y guerrilla (1959-1965)*. Chihuahua: sin editorial.

⁶¹ Sobre las diversas medidas de esta desigualdad en México durante este periodo, véase Gillingham y Smith (3-4).